

¿AQUESTOS TIEMPOS DEL CUPLÉ?

DICE Guillermina Motta que aquellos tiempos del cuplé, cuando los Reyes iban a pie, los socialistas a Carabanchel y los radicales a la catedral, eran los tiempos de la liberalidad.

Y de aquella época, de aquellos años de la guerra de Africa y de la dictadura de Primo de Rivera, queda el cuplé. No sólo en su versión cinematográfica, nostálgica y sentimental, sino, al parecer, en su propia y personal esencia.

La liberalidad de los años veinte, cuando en la playa se bañaba alguna chica angelical, y mientras las olas acariciaban su figura escultural, decía a su bañero que la tapara, que tenía frío, la recuerda Olga Ramos en un viejo restaurante de Madrid.

Dice la señora Ramos que, entonces, las coplas eran mejores:

—El arte era mejor entonces... Quizá solamente fuera eso. Pero todo se tomaba a broma y se decía que en mi casa no comeremos, pero nos reímos más...

El bañero se acercaba a la chica angelical y le decía, con ánimo liberal, que para él «sería a parte la felicidad soñada».

Y como la chica solía insistir en que tenía frío, el bañero, desorbitado ya de liberalismo, acababa diciendo:

«Si tú quieres que te tape, ven aquí, cariño mío»...

Olga Ramos actúa, junto a su compañera, Magdalena Martín. Ambas, que comenzaron a trabajar juntas antes de la guerra, han recorrido desde orquestas sinfónicas —Olga Ramos toca el violín y Magda Martín el piano— hasta los famosos café-concert, que desaparecieron en España, según nos cuentan ellas mismas, en los años cuarenta:

—Debió de ser por cosa de los teatros, ¿saben ustedes? Pero, claro, es que antes por un café veías un espectáculo con variedades, con canciones.

—¿No hubo problemas de censura?

—Los cuplés, a veces, sólo a veces, tenían mucha picardía... Pero estaban hechos con mucha finura, y la gente lo comprendía muy bien y no necesitaba que se lo dijeran todo. Nosotras mismas cantábamos esos cuplés cuando éramos niñas, sin saber muy bien lo que decíamos... Ahora las cantamos otra vez (pero no en televisión ni en los discos, porque como estos medios tienen mucha profusión, pues la censura los

vigila más, por si caen en manos de los niños), sino en el restaurante El Último Cuplé, que es donde actuamos.

—¿Y qué cuplés eran esos?

—Pues «La llave», «La regadera», «La Lola», «Cipriano», «La pulguita»... Pero eso no importa. Ahora la gente joven es más sana, y cuando viene aquí lo hace para ver el verismo de una época, donde no se desvirtúa, que es realidad lo que viene a ver. Entonces lo pasa estupendamente, porque en un chotis están viendo a la verbenita y a la «señá» Antonia y a la Lola, que:

«dicen que no duerme sola, y que han visto a un mozalbet que la ronda por las noches y nadie ve dónde se mete, mete, mete, mete, mete...»

«O ven también al Cipriano con aquello de:

«Ay, Cipriano, Cipriano, Cipriano, no bajes más la mano, no seas exagerado...»

«Y toda una época que era una maravilla...»

—¿Y por qué creen ustedes que el cuplé vuelve a tener éxito?

—Pues, miren ustedes. Porque las canciones de ahora son todas muy monótonas, y cuando un cantante saca una canción sobre su abuelo, van todos los demás y hacen otras canciones sobre sus abuelos respectivos... Pero la verdad es que la juventud de ahora es mucho más sana. Nosotras tenemos un éxito tremendo y nos han sacado en «Estudio abierto», en «Mundo camp», en «Divertido siglo», en «Buenas tardes», nos han hecho populares de «Pueblo», y el público siempre nos ha dado autógrafos, parabienes, regalos, artículos en los periódicos lindísimos... Yo creo que nosotras hemos hecho mucho por la recuperación del cuplé...

—¿Y desde cuándo actúan ustedes aquí?

—Desde hace tres años. Pero antes estábamos juntas igual, desde hace treinta que debutamos en una orquesta sólo de mujeres, en el teatro de la Zarzuela, que se llamaba Fémica.

—¿Y qué hubieran hecho ustedes si no las hubieran contratado?

—Pues, nada. Estaríamos descansando. Aunque aburridas, olvidadas, adocenadas, vulgares... Porque la artista cuando está trabajando se cuida, pero cuando no trabaja se cansa. Pero no del público, ¿eh? Porque el público es el juez supremo, el que te paga, el que te valora... Cuando la artista deja el bullicio de la lucha se hace una anciana, y eso hubiéramos sido nosotras ahora.

Olga Ramos y Magda Martín, que se autocalifican como «Las Veteranas», están dispuestas a defender su época por encima de todo. Aunque a ratos piensen que hay cosas que ellas no tuvieron.

«Ser artista es lo mejor que se puede ser en el mundo. Ahora no es como antes, en que parecía que ser artista era ser otra cosa».

Pero, a pesar de todo, en los años en que se cantaba la pizpireta canción de «La regadera», donde la protagonista confesaba que

«Tengo un jardín en mi casa que es la mar de rebonito. No tengo quien me lo riegue y lo tengo muy sequito...».

todo tenía una cara más divertida:

—Antes había el hogar, la comida, el braserito, los cafés... Era todo más tranquilo. Antes se era feliz con cualquier cosa, pero ahora no se es feliz porque siempre se quiere más... No sabemos qué le pasa a la gente que ahora no está nunca satisfecha... No es como nosotras, que con una muñeca de trapo —de serrín se llamaban— nos pasábamos toda la vida. Pero nuestras hijas cuando eran niñas, que tenían unas muñecas de carne que se podían pelar y que hasta hablaban, cambiaban de unas muñecas a otras y ni les tomaban cariño ni nada...





«Aunque los cuplés tenían cierta picardía, se cantaban con mucha finura y el público los entendía muy bien».

En fin, no os preocupéis. Vivimos de nuestro tiempo, pero somos unas antigüedades muy contentas. Aunque añoremos aquellos cafés donde se reunían periodistas, poetas, escritores, y se hablaba, se conspiraba, se criticaba todo...

—¿Pero por qué creen ustedes que ha mejorado la vida?

«La juventud de hoy es más sana, aunque la gente ya no es feliz como antes. Ahora se peca menos, o se sabe menos que se peca».



—Hombre, pues en que hay más adelantos y en que ahora la juventud es mejor.

—¿Y qué sentido tienen ustedes en esta época tan «mejorada»?

—El del recuerdo... Aunque nosotras hayamos cantado de todo. No sólo cuplés, aunque los cuplés sean de verdad lo nuestro.

Hemos cantado boleros, pasodobles... Y, claro, hemos tocado siempre el violín y el piano... Pero esto del violín yo no lo volvería a hacer, porque es muy duro. Fijaos que había una acera, que se llamaba la acera del hambre, donde se ponían a tocar los violinistas... Y eso sí que era tremendo. Pero lo de ser artistas, sí que lo seríamos. Porque artista es lo mejor que se puede ser. Antes parecía que ser artista era ser otra cosa, pero ahora es lo más normal del mundo.

»Y las artistas, además de buscarse una pulga de vez en cuando, si se dedicaban al cuplé podían cantar aquella larga historia del hombre que iba a la guerra y le dice a su novia Rosina:

»Por valiente he de ganarme
[(bis)

una cruz deslumbradora
pa verla sobre tu pecho
el día de nuestra boda».

»Pero el novio,

»despojo de la guerra,
perdió en ella la vista»...

»Y,

»En un mudo abrazo se funden
[den los dos,
y el ciego, arrancando la cruz
[de su pecho,
le dice a su moza con trémula
[voz:

Con orgullo he de lucirla
esta cruz deslumbradora».

Y la historia se alargaba, a semejanza de otras más contemporáneas, que las dos veteranas insisten en que representan a una juventud muy diferente, porque:

—Ahora se peca menos o se sabe menos que se peca. Ya no existe lo de la inclusa, que era

terrible, porque se iba al torno de las monjas y se dejaba allí lo que fuera. Ahora no se sabe lo que pasa y la gente es mucho más sana.

—Y en los momentos en que se quedaron ustedes sin trabajo, ¿qué hicieron?

—Sí... Fue un momento muy difícil, porque, además, se mezclaron problemas familiares. Yo me acomplejé, me deprimí... Y, aunque en las tinieblas hay que encender una cerilla, yo no lo hice en ese momento. Cuando oíamos zarzuelas, llorábamos. Era una congoja..., era espantoso, como una enfermedad, al borde de la enfermedad mental...

Doña Olga recuerda siempre a Raquel Méller. Habla también de Pastora Imperio y de muy pocas más. Para ella, Raquel, la «divina», fue la cupletista más importante de la historia. La que cantaba aquello de

«Ay, Ramón, no me busques las
[cosquillas;
ay, Ramón, no aproveches la
[ocasión...».

Para pasar más tarde a lo de

«Le decía Manolo a su prima
[Naná:

De París ha llegado mamá
y qué hermoso niño ha traído
[de allá.

Y la tuya, ¿de dónde los trae?
Y contesta la prima:

Como somos tan pobres,
los niños de casa los hace papá.
Firulí, firulá...».

—Raquel era la grande.

—¿Y cuándo morirá el cuplé, señora Ramos? ¿Cree usted que debe pasar algo en el país para que la gente cambie de tipo de música, de letras, de canciones?

—No. El cuplé no morirá mientras haya una mujer con inteligencia que sepa cantarlo. Lo que no puede ser es que alguien se empeñe en hacer lo que no puede. Pero cuando una mujer aparezca cantando el cuplé porque se lo ha oído cantar a su madre, entonces el cuplé no morirá.

—¿Y qué ocurrirá si pasa la moda?

—Pues, no sé. A lo mejor volvemos a lo de antes. Magda estuvo muy mal. Tuvo una neurosis al corazón, y cuando le ponían la radio no lo podía superar. ■ DIEGO GALAN y FERNANCO LARA. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.